

ció las Facultades eclesiásticas de la Universidad de Navarra, y puso en marcha este Pontificio Ateneo de la Santa Cruz. Quiso que se crearan, en Pamplona y en Roma, los Seminarios internacionales "Bidasoa" y "Sedes Sapientiæ", destinados a la formación de seminaristas. Allí han sido acompañados en la preparación para el sacerdocio centenares de candidatos, procedentes de decenas de diócesis.

Pero volvamos al punto de partida. Mons. Álvaro del Portillo fue un hombre que encarnó profundamente, sin zonas de sombra, la fe y la esperanza en la vida cotidiana. Ésta es la única y verdadera explicación de la fecundidad de su ministerio de Pastor. La fortaleza y la magnanimidad que en él descubrimos, eran el fruto de su apasionado amor a Cristo y a la Iglesia. Como explica San Agustín, el amor que mueve a los cristianos «no es el amor de un objeto cualquiera, sino el amor de Dios; es decir, del Sumo Bien, Suma Sabiduría y Suma

Paz»¹⁵. Y como las virtudes cardinales no son más que aspectos diversos y convergentes del único amor a Dios, el Santo Obispo de Hipona concluye afirmando que, cuando amamos al Sumo Bien con todo el corazón, «se preserva el amor de la corrupción y de la impureza, que es lo propio de la templanza; le hace invencible frente a todas las adversidades, que es lo propio de la fortaleza; le lleva a renunciar a todo otro vasallaje, que es lo propio de la justicia; y, finalmente, le hace estar siempre en guardia para discernir las cosas y no dejarse engañar por la mentira y el dolo, que es lo propio de la prudencia»¹⁶.

Pienso que esta descripción se ajusta perfectamente a la vida y obra del Fundador y primer Gran Canciller de este Ateneo. Demos gracias a Dios, de quien proceden todos los bienes, porque Pastores ejemplares, como don Álvaro del Portillo, iluminan con su ejemplo nuestro camino y nos ayudan a recorrerlo hasta llegar al Cielo.

Artículos y entrevistas

Avvenire (21-IX-1997)

«Santidad en la vida ordinaria» es el título de la entrevista al Obispo Prelado del Opus Dei publicada en el diario "Avvenire" con ocasión del Congreso Eucarístico celebrado en Bolonia, Italia, en los últimos días de septiembre.

1. *¿Cómo definiría, en síntesis, el «carisma» del Opus Dei?*

Desde los primeros años, el Beato Josemaría concibió el Opus Dei como una realidad profundamente secular: una invitación divina, dirigida a los fieles comunes, para buscar la santidad *en y a través de* las ocupaciones ordinarias, sin cambiar de estado. El contexto de su vida es la existencia

15. SAN AGUSTÍN, *De moribus Ecclesiæ et de moribus manichæorum* 1, 15.

16. *Ibid.* 1, 25.

cotidiana. El Bautismo les asigna un papel específico en la economía de la salvación, y la vocación al Opus Dei no hace más que confirmarlo. La configuración en Prelatura subraya la naturaleza eclesial propia de este fenómeno pastoral: una estructura jurisdiccional personal, de esencial connotación secular; en cuanto es parte de la común organización jerárquica de la Iglesia, la adhesión a aquella configuración no cambia para nada las condiciones de vida de sus fieles, tanto desde el punto de vista civil como desde el punto de vista eclesiástico.

El Señor ha confiado al Beato Josemaría un mensaje que se puede sintetizar así: recordar que todos los cristianos están llamados por Dios a la santidad y al apostolado. Para la gran mayoría de los bautizados, los laicos, esto significa que allí donde se encuentran —en la familia, en la escuela, en el ambiente laboral, en el puesto que ocupan en la sociedad— han de ser luz de Cristo, amor de Cristo hacia los demás; deben identificarse con Cristo y participar activamente en su acción redentora.

Es un carisma que se apoya en la aguda percepción del misterio de la encarnación: Jesús ha venido a salvar lo humano. «Santificar el trabajo, santificarse en el trabajo, santificar a los demás con el trabajo»: con esta fórmula sintética, le gustaba expresar la misión del cristiano en el mundo.

2. *¿Con qué modalidades, y con qué espíritu, participará el Opus Dei en el Congreso Eucarístico Nacional?*

Los fieles del Opus Dei están desde hace ya tiempo rezando por el

Congreso Eucarístico Nacional. Se preparan —cada uno a su modo— sensibilizando a parientes, colegas de trabajo, amigos y conocidos, en orden a una vida eucarística más profunda. Siguiendo las enseñanzas del Beato Josemaría, lo hacen tratando de ampliar el propio apostolado, animando a las personas con que entran en contacto a redescubrir la alegría del encuentro con la misericordia divina en la Confesión. Por otra parte, quien tenga la posibilidad estará presente en Bolonia, durante los diversos momentos de encuentro y de plegaria.

3. *Usted va a celebrar la Misa que concluirá la "Jornada de las organizaciones laicales" del Congreso Eucarístico Nacional. Cuál le parece que debe ser la función de estas entidades en la Iglesia, en los umbrales del tercer milenio?*

Está ya a las puertas el segundo año de preparación inmediata al gran Jubileo, el año dedicado al Espíritu Santo. Por eso, responderé así a su pregunta: docilidad a los impulsos del Espíritu Santo. O, lo que es lo mismo: fidelidad al carisma recibido. La variedad de carismas es una confirmación elocuente de la incansable condescendencia de Dios hacia el hombre: el Señor bendice la infinita pluralidad de talentos, de disposiciones, de aptitudes; y la dirige al servicio de la redención. Es más, la hace camino de santidad e instrumento de apostolado.

En este sentido cabe decir que la Iglesia avanza en una continua renovación. Querría incluso decir —permítaseme la expresión— que el Espíritu tiene mucha más imaginación que nosotros los hombres, y suscita incesantemente nuevos santos. Ahora

bien, se debe añadir de inmediato que renovación equivale a fidelidad a Cristo. La Iglesia escucha al Espíritu. Y la garantía de la verdadera fidelidad, que no es uniformidad, está en consolidar los vínculos de unidad en la Iglesia.

Mundo Cristiano (Octubre de 1997)

En el número de octubre de 1997, la revista "Mundo Cristiano" (Madrid) publicó un artículo de S.E.R. Mons. Javier Echevarría, en recuerdo de la Madre Teresa de Calcuta, titulado: «El rostro de la misericordia de Dios».

El profeta Elías huyó en cierta ocasión, para salvar su vida, y se adentró en el desierto. Exhausto, se sentó bajo una mata de retama «y deseó morir». Pero Dios tenía otros planes. Un ángel tocó a Elías y, mostrándole un pan y un vaso de agua, le dijo: «Levántate y come». El profeta «se levantó, comió y bebió, y con la fuerza de aquel manjar caminó [...] hasta el monte de Dios» (1 Re 19, 1-8).

No han desaparecido los desiertos de la faz de la tierra, y sigue habiendo hombres y mujeres desesperados que «desearían morir». Es superfluo repetir aquí la larga lista de infortunios y desgracias que pueden conducir a la desesperación: se han recordado demasiadas veces. La muerte de la Madre Teresa hace presente la otra cara de la moneda: el rostro de la misericordia de Dios.

Madre Teresa repetía a cuantos querían escucharla que ella pretendía llevar un poco de amor a los últimos

de la tierra, para refrescar su memoria dolorida, y confirmarles que Dios les ama. Que Dios —Creador de la tierra y del universo entero— recuerda el nombre de cada uno de nosotros como si fuéramos su único hijo.

Sigamos leyendo el libro de los Reyes. Después de que el ángel consoló a Elías, Dios dice al profeta que suba a un monte, porque «va a pasar Yavé». Elías se dispuso a contemplar la insólita escena. Primero «pasó un viento fuerte y poderoso que rompía los montes y quebraba las peñas; pero no estaba Yavé en el viento. Y vino tras el viento un terremoto, pero no estaba Yavé en el terremoto. Vino tras el terremoto un fuego, pero no estaba Yavé en el fuego. Tras el fuego, vino un ligero y blando susurro. Cuando lo oyó Elías, cubrió su rostro con su manto», porque Dios estaba pasando, Dios estaba en el ligero y suave susurro. Dios, rico en misericordia, no habla mediante la fuerza, sino con palabras pronunciadas en voz tan baja que sólo se pueden escuchar con el corazón.

También en el siglo XX ha mandado el Señor ángeles consoladores que, hablando en susurros al oído de cada uno, han mostrado a los hombres el luminoso camino del Cielo, el camino del Amor misericordioso.

Este susurro de amor se convierte para nuestros corazones en una llamada exigente: «obras son amores y no buenas razones». También a los que el Señor pide que no abandonen el mundo, sino que lo santifiquen desde dentro, les resulta lógico alabar y encomendar una labor tan benéfica para la Iglesia —es otro modo de hacer Iglesia— como la de Madre Teresa y su Congregación.